

# El sentido moral

por Su Santidad Pío XII

Venerables Hermanos del Episcopado, amados hijos en el sacerdocio, amadísimos fieles hijos nuestros, miembros todos del Cuerpo de Cristo (1 Cor. 12, 29): No es de maravillarse que hayáis respondido con entusiasmo leal y santo a la invitación del celoso y generoso Arzobispo de Boston, acudiendo de todas partes de América a este Congreso Nacional

El cuerpo del cual vosotros sois los miembros, ha sido amenazado. Ese Cuerpo de Cristo que es su Iglesia (Ef. 1, 23) se encuentra acechado no sólo desde fuera por hostiles poderes, sino también por las fuerzas internas de la debilidad y de la decadencia. Habéis escuchado la voz de alerta ante el peligro. Ese raquísimos creciente, ese proceso enervador que se ha efectuado por largo tiempo, hablamos con dolor en el corazón, en no pocas porciones de la Iglesia, se debe principalmente a la ignorancia o, cuando más, muy superficial conocimiento de las verdades religiosas enseñadas por el amante Redentor de todos los hombres

Conocemos con plenitud los magníficos frutos que han rendido las Misiones Católicas entre los infieles en todo el mundo: tres millones y más, reciben la instrucción en la fe, y casi medio millón ingresa en la Iglesia cada año. Y su instrucción no acaba con el bautismo, pues con el fervor intenso de quienes han encontrado por fin un tesoro inesperado, los conversos se muestran ansiosos de aumentar y profundizar su conocimiento de la verdad eterna, y los misioneros, sacerdotes, hermanos y religiosas, a quienes se unen para asistirles los devotos catequistas, colman cumplidamente sus anhelos

Empero, vuestro congreso ha puesto su interés más bien en quienes viven en los países donde la verdadera fe ha florecido por generaciones, y en aquéllos que habiendo nacido de padres católicos, fueron debidamente bautizados. Y es a estos últi-

mos a quienes tenemos en mente cuando decimos que el vigor de la Iglesia, y su crecimiento, se ven amenazados por su culpa al no abrazar realmente la verdad que profesan.

En la víspera de su pasión, al concluir la Última Cena, minutos antes de que entrase en la doliente agonía de Getsemaní, rodeado por sus apóstoles, que en toda la flaqueza de esa hora se abrazaban a El con el más profundo afecto de sus corazones, Jesús, levantando sus ojos al Cielo, murmuró: "Padre, mío ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique, pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste en conocerme a tí, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste". (Juan XVII, 1-3).

Conocer al único Dios verdadero, saber lo que El es, saber quién es: este es el primer paso indispensable hacia la vida eterna.

Ahora bien: Dios no es una palabra vacía que se aplica a un fantasma salido al conjuro de las negras cavernas del paganismo; como no es tampoco Dios una idea abstracta acuñada por los sabios en un lenguaje alambicado para captarse la adulación del hombre vano y soberbio; ni mucho menos es Dios un ente que se ha de identificar con una institución más palpable que se llama Estado, que por momentos presume atribuirse la fuente y el fin de todos los derechos, deberes y libertades del hombre.

Antes del principio de todas estas cosas, el único Dios verdadero, el Dios que adoráis, existía ya, pues que El trasciende todo lo que es, y todo lo que existe deriva su ser de El. "Tú ¡oh Dios! eres antes que fuesen hechos los montes, o se formara la tierra, y el mundo universo. eres ab eterno y por toda la eternidad". (Salmo LXXXIX, 2).

"¡Oh Señor! Tú eres el que al principio creaste la tierra; los cielos obra son de tus manos. Estos perecerán; pero tú eres inmutable. Vendrán a gastarse como un vestido. Y mudaráso como quien muda una capa, y mudados quedarán. Mas tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin". (Salmos CI, 26-28).

Por millones, las gentes pueden trajinar apresuradas por las calles de las grandes ciudades, absortas en sus negocios, en sus placeres, o en sus dolores, sin dedicar un pensamiento a Dios, y sin embargo, el único Dios verdadero no es menos real por eso; es El quien les conserva su existencia.

Los hombres se reúnen para hacer las leyes de un pueblo, o con el noble intento de levantar a sus compatriotas sumidos por la injusticia en la miseria y en la desesperación, aun cuando deliberadamente en sus intentos excluyen el reconocimiento del Supremo Legislador y Soberano Universal; con todo, el único Dios verdadero no es menos real. Y si El ha dado a su creatura la capacidad espiritual de deliberar y actuar movido por su voluntad, de la misma manera y con toda certeza le exigirá cuenta estricta de sus pensamientos y de su conducta.

San Pablo lo dijo bien claro, cuando escribió a los romanos: "Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo... Así que cada uno de nosotros ha de dar cuenta a Dios de sí mismo". (Rom. XIV, 12). ¿No es esta negación, no es este desprecio de Dios, Creador y Juez Supremo del hombre, la fuente primera del creciente diluvio de males que aterra a los cabezas responsables del presente, y siembra la senda de la vida del hombre con tantos hogares destrizados?

Si los hombres que creen en Dios, para continuar citando las palabras de San Pablo, no le glorifican como a Dios y le dan gracias; si su fe se guarda en una alcoba escondida de su vida, al paso que la inmodestia, la maldad, la avaricia y todas las formas de la concupiscencia encuentran amplio campo para exhibirse en el resto del hogar y de la calle, ¿puede entonces haber motivo para sorprenderse de que Dios los haya abandonado a los impuros deseos que consumen sus corazones, a la inmoralidad, de tal manera que las mujeres han pervertido su naturaleza para entregarse a prácticas contra natura, y los hombres se hayan cubierto de envidia y crimen, vanidad y odio contra Dios, irreverencia y orgullo, arrogancia y desobediencia

para con sus padres, tornándose fríos de todo afecto, infieles, muerto en su entraña todo signo de piedad? (Rom I, 18-32)

Es preciso que los hombres comprendan con plena conciencia el hecho de que Dios existe y de que dependen de su poder, su amor y su misericordia; y la obligación moral que tienen, de modelar sus vidas cada día de acuerdo con su santísima voluntad.

¿Es que es tan difícil conocer esa voluntad? ¿No la ha manifestado Dios claramente a quienes procuran conocerla? En la primera de las dos Epístolas que envió a su congregación en Corinto, San Pablo recuerda a los cristianos que cuando vino a ellos por primera vez, profesó conocer una sola cosa Jesucristo, y Jesucristo Crucificado. Bien que San Pablo era un hombre culto y sabio, versado en leyes, un hombre que hoy podríamos llamar de universidad, y sin embargo, como pastor de almas, tenía un solo interés que le cautivaba por completo, un solo deseo que le consumía acercar su pueblo a Jesucristo Crucificado. Porque ésto, lo sabía, es vida eterna; conocer al Dios único y verdadero, y a quien El envió, Jesucristo.

Conocer a Jesús Crucificado es conocer el amor infinito de Dios para el hombre. "En esto se mostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que en El tengamos la vida". (1 Juan, 4,9). Y, repitiendo las palabras del discípulo predilecto de Jesús "Nosotros fuimos testigos de vista, y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, para ser el Salvador del mundo" (1 Juan, 4,14). "Si así nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros".

Conocer a Cristo en la Cruz es conocer el horror que Dios tiene al pecado, cuya culpa sólo pudo lavar la sangre preciosa de su Hijo Unigénito hecho hombre.

Quizás el pecado mayor de nuestro tiempo consiste en que los hombres de hoy han comenzado a perder el sentido del pecado núblese, disimúlese o debilítese (puesto que difícilmente se le podría arrancar por completo del corazón del hombre) no se le permita despertar ocultándole toda contemplación, por breve que sea, del Dios Hombre que muere en la Cruz del Gólgota para pagar por la culpa del pecado, y entonces ¿que queda para detener a las hordas de los enemigos de Dios en su avalancha arrolladora que aplasta a la vez el egoísmo, la soberbia, la concupiscencia y las ambiciones desmedidas del hombre pecador?

¿Bastarán simples leyes humanas? ¿Serán suficientes los acuerdos y los tratados? En el Sermón de la Montaña, el Divino Redentor iluminó la senda que conduce a la voluntad del Padre y a la vida eterna; pero es el patíbulo del Gólgota la fuente de donde fluye una corriente continua de gracias, de fortaleza, de valor, cuyas aguas son las únicas capaces de hacer que el hombre camine por esa senda con paso firme y resuelto.

Esas gracias llegan a vuestra alma a través de los canales de la Iglesia. La obra de Cristo no se completó totalmente con su muerte. En cierto sentido, era sólo el principio. En verdad había consumado, consumado perfectamente, la obra que le asignara el Padre en su Cuerpo mortal. Pero El continuaría viviendo para hacer que sus amadas criaturas se beneficiaran de la Redención que consumó.

Y de este modo, dijo a sus discípulos que iba a fundar una Iglesia, cuya piedra, fundamento de su fuerza y unidad, sería uno de ellos, Pedro. Inexpugnable a los poderes del mal, imperturbable en la caída de las instituciones puramente humanas, derivando siempre su integridad y su unidad de quien en línea inquebrantable y continua sería el sucesor del primer Vicario de Cristo, la Iglesia había de continuar esa obra hasta el fin del espacio y del tiempo, hasta cerrarse el libro de la historia del humano linaje.

Dióle Jesús el divino mandato de ir y enseñar a todos los hombres en todas las naciones, como pilar y fundamento de la verdad, como madre santa que infunde a sus hijos una vida de fe y santidad que es prenda de bienaventuranza eterna, como esposa amada por quien El se sacrificó para santificarla, para que Ella fuese sagrada e inmaculada (Ef. 5, 26).

Tal es el conmovedor desafío que Cristo envía desde su corazón al Congreso Nacional, en momentos que clausura los afanados días de actividad espiritual y apostólica. Que la Iglesia sea santa e inmaculada. Y no lo puede ser, si sus miembros no comprenden la plenitud de la belleza de su fe y de sus obligaciones como miembros del Cuerpo de Cristo; pues que ciertamente aparecer santo y sin mácula a los ojos de Dios es una gloria radiante de belleza, sí, que refleja, aunque imperfectamente, la blanca plenitud de la santidad de Dios.

De donde se sigue que ser instruido en la fe es cosa necesaria e indispensable, no sólo para los niños en el catecismo, para los adolescentes en las aulas, para la juventud de colegios y universidades, donde debería gozar la religión de un sitio de honor. Son millones, bien lo sabéis, las gentes que jamás han ingresado a la universidad, y sin embargo, de sus filas emergen los dirigentes de muchas porciones de vuestra vida nacional. ¿Han de afrontar ellos sus tareas con un conocimiento escaso de su Dios, de su amantísimo Redentor, y de su Madre la Iglesia?

¡Cuán vasta cosecha se abre a vuestro celo apostolado! ¡Y cuán profundo es el consuelo que llena nuestro corazón paternal cuando nos enteramos de los constantes avances que hacéis, bajo la guía y el ejemplo estimulante de vuestros Obispos, para recoger esa cosecha!

No bastarían los sacerdotes para esta tarea; no bastarían tampoco los religiosas, a quienes la Iglesia en Estados Unidos debe una deuda incalculable. Los fieles seculares deben prestar su gallarda colaboración, y en primera línea, los padres de familia deben considerar como su deber sagrado prepararse debidamente para que puedan luego explicar el catecismo, siquiera abreviado, a sus inquisitivos hijos.

En este año, en este mes, la Iglesia conmemora el tercer centenario desde que un héroe gigante, Isaac Jogues, y su compañero, un seglar, Juan Lallande, ganaron la gloria del martirio cerca de Auriesville, en lo que hoy es el Estado de Nueva York. Conocéis su historia, llena de celo, llena de sufrimientos y sacrificios. Ellos, que eran cañeristas, vinieron al Nuevo Mundo a enseñar las verdades de la revelación divina. Vosotros sois los sucesores de su apostolado. Ellos se han unido a la blanca milicia de los mártires, ante el trono del Cordero; pero perdura su amor a su patria de adopción, y su gloria crece con los años. Con santa confianza, pues, acudid a su intercesión poderosa en favor de la confraternidad de la Doctrina Cristiana.

En prenda de nuestro interés, vivo, paternal, os impartimos a todos sus miembros, en especial a quienes han tomado parte en el VIII Congreso Nacional de Boston, la bendición apostólica.